

25 AÑOS DE TODO AQUELLO

La parca. Solo ella. La omnímoda fuerza atroz de la naturaleza, que no atiende a razones, se cierne sobre todos nosotros paso a paso, beso a beso, derrota tras derrota, victoria tras victoria. Vigila desde su atalaya cada movimiento, cada gesto, cada tropezón. No existe cura, el diagnóstico es implacable. Solo se pueden dulcificar los síntomas. El hoyo está cavado. Solo es cuestión de tiempo...

Pero llega un día cualquiera, un sábado de abril, por ejemplo, cada mucho, cada poco, cada 25 años, es indiferente. El calendario no hace prisioneros, tiene una venda en los ojos, se desentiende de tus proyectos y de los de aquel y de los del otro. Vienen compañeros de aquí y de allá, del ahora, del siempre, del antes. Todos compartimos cosas: pocas, muchas, quizás el universo en una cáscara de nuez, quizás unos apuntes, unos ejercicios insondables, unas palabras a vuelapluma, quizás el crecer, quizás la mirada que trata de romper la membrana de la pubertad.

Las almas se encuentran y todo cambia para que nada cambie. Algo se te ha olvidado por el camino, pero tu espejo te devuelve la silueta de un cuerpo desnudo. Perteneciste a algo, puede que desdibujado, puede que lejano. Pero ellos —y ellas, por supuesto— te lo recuerdan. Es rápido, puede ser cruel, puede ser indoloro, pero el cartel de dirección única es claro. Ves arrugas y canas y pieles azotadas por el cierzo y golpes de la vida, y fatiga y anaqueles llenos de ilusiones que la mudanza de los años ha extraviado.

Lo dijo Machado: «*El ojo que ves no es ojo porque tú lo veas; es ojo porque te ve*». Descubres que la otredad de las arrugas y las canas no te es ajena, ya que son las tuyas. Están ahí, eres su propietario, no busques impersonalidades ni transferencias. Intentas entender cómo hemos llegado hasta aquí, qué demonios ha pasado, quién se ha llevado nuestros veranos... Y vengas tu propia memoria a pedradas contra los cristales de una sucursal del banco hispanoamericano alegando que llevabas tres copas, que declamaría el insigne poeta ubetense.

Concluyes que estás, con suerte, en la mitad de la partida y que el péndulo de Foucault no para. Es tan libérrimo que asusta. En tu rutina diaria no piensas, hasta que se abre el caballo de Troya y te espuma verdades como templos y te suelta hostias como panes. Las encajas o te retiras. Caminas o revientas.

Se abre un tiempo muerto, un momento para el control de daños, una pausa, un atisbo del mensaje de los heptápodos de Villeneuve. Es justo en ese fallo de Matrix cuando puedes tocar el infinito y volver para contarla. «*Yo estuve allí*». Por supuesto, te lo confirman los que se sentaron en los pupitres a tu lado. Aunque te cueste creerlo allí estabas tú también, al mismo tiempo que no eras tú. Eres otro, una suerte de *doppelgänger* imberbe, soñador e idealista. ¿Qué le dirías a aquel chaval limitado en experiencias pero de corazón taquicárdico? Ve, vuela, hazlo o no lo hagas, pero no lo intentes. Díselo, lúchalo, el no ya lo tienes. Arriesga tu tiempo y tu corazón. Pierde, cáete, muere y resucita. Aprieta los dientes, no escatimes en soltar lastre por causas justas, no dejes que nadie camine solo ni que nadie se quede atrás. Sé el dueño de tu destino, sé el capitán de tu alma...

Y de aquellos polvos estos lodos.

Nos vimos algunos de lejos, otros de cerca, y nos confirmamos que todavía nos queda un último baile. Nos enfrentamos a nuestras debilidades y fortalezas para dar un paso más. Sin saber hasta dónde, sin saber hasta cuándo, pero un sábado de abril, como otro cualquiera, nos dimos cuenta de que hay miradas que señalan el camino, hay abrazos que reconfortan, hay roces que hieren, hay cicatrices que cuentan historias y hay rescoldos que aún escuecen.

Yo estuve allí. Yo vi cosas maravillosas.



Manuel Pociello